



Martín Servelli

A través de la República: Corresponsales viajeros en la prensa porteña de entre siglos XIX – XX

Buenos Aires

Prometeo

2017

318 páginas

Buenos Aires y el interior en la prensa moderna argentina

Cristina Beatriz Fernández¹

Si hay un tema recurrente en la cultura argentina es la dicotomía entre Buenos Aires y el interior, en sus distintas modulaciones históricas y sociales. El libro de Martín Servelli que reseñamos aquí presenta resonancias de esa tradición, respecto de la cual ofrece una mirada innovadora: se trata de estudiar cómo la prensa porteña del entre siglos XIX – XX colaboró en la construcción del imaginario de lo nacional, a partir de las corresponsalías de los periodistas enviados como viajeros al interior del país. Este trabajo, versión editada de una tesis doctoral en la Universidad de Buenos Aires, se sostiene en un cuidadoso relevamiento de fuentes periodísticas y en

su consiguiente análisis discursivo, dispuesto en un volumen de prosa clara y lectura agradable. El libro está estructurado en una introducción, cinco capítulos, y un epílogo. Además, antes de la sección de bibliografía y de las páginas con los agradecimientos de rigor, cuenta con una antología documental, sobre la que volveremos más adelante.

Ya en la introducción se presentan los ejes que van a vertebrar las páginas siguientes, centradas en el modo en que la transformación de los contenidos y formatos de la prensa diaria finisecular tuvo un punto de inflexión en la figura del *corresponsal*, *reporter viajero* o *enviado especial* que los grandes diarios de Buenos Aires mandaban a las catorce provincias y los territorios nacionales. Muchas de las

¹ Profesora Asociada en la cátedra de *Literatura y Cultura Latinoamericanas I*, Departamento de Letras. Investigadora del CELEHIS, Facultad de

Humanidades, UNMDP y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), cristina.fernandez@conicet.gov.ar

crónicas publicadas por estos periodistas terminaron por editarse en libros. Y es precisamente de esos libros de donde nace la investigación de Servelli, quien, a partir de ellos, llegó a sus fuentes en la prensa, constituidas por los tres diarios más importantes del momento: *La Nación*, *La Prensa* (matutinos) y *El Diario* (vespertino), a los que el autor pone en relación con otras publicaciones periódicas del momento, como la ineludible *Caras y Caretas*. Los periodistas involucrados devinieron así en autores de los siguientes libros: *Cuadros Sud-Americanos* (1888) de Aníbal Latino (seudónimo de José Ceppi), *Tierra del Fuego. Recuerdos e impresiones de un viaje al extremo austral de la República* (1897) de Manuel de Eizaguirre, *Tierra adentro. Sierras de Córdoba. Excursiones por los departamentos de Anejos Norte, Punilla, Cruz del Eje y Minas* (1897) de Ashaverus (seudónimo de Amado J. Cevallos), *La Australia Argentina. Excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra del Fuego e Isla de los Estados* (1898) y *En las tierras del Inti* (1909) de Roberto J. Payró; *De Buenos Aires al Iguazú. Crónicas de un viaje periodístico a Corrientes y Misiones* (1901), *Santa Fe* (1902) y *La Nación en marcha (Viajes por la República Argentina)* (1904) de Manuel Bernárdez, *Hacia las cumbres (Jornadas del progreso argentino)* (1905) de Manuel Bernárdez y Arturo Giménez Pastor. Otros periodistas viajeros fueron agregados a esta lista inicial, a partir del relevamiento en las fuentes periodísticas, como Julio Piquet, Eustaquio Pellicer, Benigno Lugones, Alberto Ghirardo, Rubén Darío o Bartolomé Mitre y Vedia. Respecto de la hipótesis central del libro, es mejor leerla en palabras del autor:

...estas crónicas contribuyeron a modelar un imaginario de Nación, en un período de crecimiento acelerado y cambios profundos, el cual estuvo marcado por la afluencia inmigratoria y una difundida percepción de disgregación cultural y pérdida identitaria. Produjeron, en conjunto, un mapeo integral del país: de los canales fueguinos a la Puna y de las riberas del litoral a las estribaciones andinas. Y lo hicieron apelando a un formato discursivo original que combinaba en sus versiones más atractivas modelos periodísticos y literarios, el reportaje y el relato de viaje, la entrevista y el cuadro de costumbres. Representaron, de este modo, para el lector porteño – su principal destinatario –, un país tensionado por las grandes transformaciones del impulso modernizador y las tradiciones que subsistían incólumes en los enclaves del interior: una mirada a la vez fascinada, nostálgica y exótica que guiaba a los lectores de Buenos Aires por los senderos desconocidos de la Nación. Reescribieron el espectáculo de la naturaleza con la retórica grandilocuente de los símbolos identitarios y fijaron las múltiples idiosincrasias de sus moradores en un conjunto abigarrado, el cual, en perspectiva, dibujaba un perfil de Nación como la intrincada figura de un tapiz. (Servelli, 2017, 16)

El primer capítulo, “Reporteismo viajero”, está dedicado al surgimiento de la figura del *reporter* en la prensa de Buenos Aires, y en su variante viajera, el *corresponsal*, en un contexto donde los diarios se modernizaban al paso de su relativa autonomía en relación con el campo político y buscaban la

autofinanciación en tanto que empresas. Esa figura del *reporter* ofrecía variaciones, desde la tarea meramente noticiosa al periodismo de resonancias culturales, para el cual era medular el ejercicio del estilo; desde la producción informativa concentrada en sucesos locales hasta la corresponsalía que plumas prestigiosas ejercían desde Europa. Se trataba de distintas modulaciones de la escritura periodística que se iban diferenciando paulatinamente, respecto de las cuales el modelo norteamericano era visto, simultáneamente, como algo digno de imitar y de superar. Es en este contexto que aparecen los corresponsales o enviados de prensa al interior del país, en viajes pautados por la dirección de los diarios y asignados a miembros de su equipo, a diferencia de las contribuciones ya habituales en la prensa redactadas por exploradores, militares, etc. Como en la prosa modernista, la autofiguración del *reporter* comienza a ser un lugar común: el esfuerzo y sacrificio desplegados para cumplir con la misión encomendada alternan con escenas de escritura en estas crónicas de viaje, publicadas en forma autónoma pero seriadas, lo cual propició su posterior inclusión en libros.

“La crónica periodística de viaje” es el título del segundo capítulo, enfocado en los rasgos específicos de esta tipología discursiva que se nutrió de modos de la narrativa de viajes y del cuadro de costumbres, incorporó procedimientos ficcionales y dramáticos, articuló saberes diversos y zonas argumentativas, todo a la sombra de un registro eminentemente autobiográfico que combinaba el interés narrativo con la propuesta informativa. El análisis de las crónicas se detiene, en este capítulo, en sus tópicos más frecuentes y en las perspectivas desde donde se despliega la mirada del cronista viajero:

las alturas de la ciudad moderna y los medios de transporte que, como el tren, modificaron totalmente los parámetros de percepción de los sujetos en movimiento. Servelli se ocupa de deslindar esta producción de los escritos que otra clase de viajeros publicaba por entonces en los diarios: la *narrativa expedicionaria*, es decir, textos producidos por militares, científicos o políticos vinculados a la expansión de la frontera y a la Conquista del Desierto, en sus distintas etapas. En muchas ocasiones, eran las asociaciones científicas y los organismos del Estado los que requerían esta clase de narraciones, a diferencia de las misiones que los diarios encomendaban a sus *corresponsales viajeros*. Las crónicas de Payró que más tarde conformaron el libro *La Australia Argentina* son, quizás, las que se relacionan más estrechamente con la producción discursiva de las expediciones científicas y militares. Este diálogo entre crónicas de *reporters* viajeros y la publicación, en los mismos diarios, de informes de expediciones científicas o de avances sobre el territorio nacional, pone en foco la existencia de una zona del periodismo que todavía era interpelada por las demandas del Estado, a pesar de su pretendida autonomización.

El capítulo tercero, por su parte, se centra en las instancias de compilación y edición de las crónicas periodísticas en libros, con cuya finalidad fueron reelaboradas, muchas veces, incluso como colecciones de cuentos. Cobra singular importancia aquí el proceso de consolidación de la firma de autor, cuya legitimación se producía tanto en la prensa como en la literatura, o se transfería de uno al otro de estos espacios, así como el impacto de los semanarios ilustrados en la edición de estos libros de crónicas que, en muchos casos, sumaron imágenes a la

antología de textos. Sobre este punto, el autor destaca que era frecuente que los semanarios compartiesen profesionales con los diarios. Por ejemplo, las giras periodísticas de Manuel Bernárdez (emprendidas con el propósito de seguir el desarrollo de las obras públicas que, a lo largo de todo el país, propiciaba Emilio Civit, ministro de obras en la segunda presidencia de Roca), dieron lugar a textos e imágenes que formaban un continuo con otras notas aparecidas en los periódicos y con artículos de la ya mencionada revista *Caras y caretas*. En cuanto a la vinculación con la literatura, viajes reales y ficcionales se cruzaban en múltiples oportunidades, al compartir el espacio geográfico que tomaban como escenario o referente, como lo demuestran las imbricaciones entre *La Australia Argentina* de Payró y el relato, ficcional, de Fray Mocho titulado *En el mar austral*, ambos centrados en la Patagonia, su gente, su territorio y sus historias. El resto de la obra de Payró puede leerse, como lo hace Servelli con agudeza, en relación con su trabajo de corresponsal viajero por el interior, lo cual explica la génesis de libros como los *Cuentos de Pago Chico*.

El capítulo cuatro se dedica a los viajes presidenciales, ya sea en funciones de gobierno o de vacaciones, y a las giras ministeriales. En esta sección del libro se toman en consideración crónicas escritas desde países vecinos, para cubrir eventos como las visitas de Julio Roca a Chile y a Brasil. Siempre en la búsqueda de diferenciarse del periodista meramente noticioso, muchas veces el cronista se demoraba en aspectos frívolos o experiencias subjetivas, aduciendo que la noticia había sido ya adelantada por el telégrafo. Voluntariamente o no, la pluma periodística devino en muchas ocasiones, al ocuparse de estos temas, en memoria de

gobierno, incluso desde diarios ideológicamente opuestos a los partidos o grupos en el poder. Otro logro de este capítulo es el contrapunto entre la presentación, por parte de algunos cronistas, de lugares del interior como paisajes arcádicos, mientras la protesta social de principios del siglo XX iba cobrando cuerpo en esos mismos campos, ingenios azucareros, estancias y, por supuesto, en las páginas de los mismos periódicos porteños.

El quinto capítulo desarrolla la tesis anunciada en la hipótesis: cómo estas crónicas periodísticas de viaje al interior del país colaboraron en diseñar un imaginario de la Nación para los lectores urbanos porteños. Se sumaron, así, a otras estrategias de construcción de la nacionalidad, como la descripción de paisajes, sus valores y usos; las narraciones de expediciones científicas y militares, y la institucionalización del discurso geográfico escolar. Resulta de singular interés, por ejemplo, la vinculación que el autor establece entre la concepción del paisaje en las crónicas de Payró y su participación en las reuniones del Ateneo, donde Rubén Darío, Rafael Obligado y otros escritores y artistas polemizaban en torno a la caracterización de un arte nacional. Un proceso complejo y con muchas aristas, a veces contradictorias entre sí, similar a lo acontecido en torno a la construcción discursiva del tipo “criollo”, una categoría susceptible de múltiples significaciones y sujeta a constante redefinición. Todos debates acuciantes en un momento en que la inmigración masiva ponía en cuestión la identidad nacional, aspecto que Servelli toma en cuenta al señalar que algunos de estos periodistas viajeros incursionaron también en la redacción de manuales escolares o de guías para orientar a la

nueva población de inmigrantes en territorio argentino, entre ellos, los ya mencionados Manuel de Eizaguirre y José Ceppi.

En el epílogo, donde lógicamente se sintetizan conclusiones, se bosquejan las proyecciones biográficas de algunos de estos cronistas en el mundo editorial y se hace mención a la significativa figura de Ada María Elflein, una de las primeras mujeres periodistas que sería cronista viajera de *La Prensa*, aunque en años posteriores al período cubierto por este libro. Elflein continuaría con las posibilidades de una pedagogía nacionalista, a contrapelo, por ejemplo, del enviado especial de *Crítica*, Raúl González Tuñón, más enfocado en el periodismo de investigación y en la denuncia de las condiciones sociales de vivienda y trabajo, por la misma época. Los apéndices documentales incluyen un prolijo listado por autor de las crónicas relevadas y una valiosa antología que edita aquellas localizadas por Servelli en las páginas de los periódicos y que nunca fueron publicadas en libros.

En resumidas cuentas, tanto por el corpus seleccionado, como por el aporte documental y la consistencia del análisis, este libro nos invita a iniciar un recorrido “a través de la república”² que revitaliza nuestra mirada sobre una época del periodismo y la cultura argentina, pero también sobre la recurrente dialéctica entre las ciudades, en particular Buenos Aires, y el interior del país. Un diálogo entre múltiples representaciones y voces que el libro de Servelli procura recuperar, esclareciendo así una de las tantas facetas de la construcción del imaginario de lo nacional.

² La expresión está tomada del título de una crónica de Manuel Bernárdez en *El Diario*.